

Capítulo 3: Hablar o saquear

Aunque probablemente Seserah hubiera empezado siendo una granja, ya no era solo tal cosa. Ahora era una aldea en toda regla, tal y como decía el mapa de Notas. Había una docena de casas de adobe, madera o argamasa desperdigadas por la ladera, varios graneros, un pequeño establo y un molino de viento con cuatro astas desvencijadas e inmóviles.

– No vamos a sacar mucho oro de esta aldea –constató Petaco con un deje de decepción en la voz.

– Las apariencias engañan, Peta, las apariencias engañan. Si no me crees, prueba a mirar a la hermosa mujer que tienes al lado y dime si... –la furtiva mirada que Furia le dirigió y el dolor que aún sentía en el labio hinchado lo hizo callar–. En fin, ya me entiendes.

– ¿Tenemos algún plan? –preguntó el grandullón– Turut tiene hambre.

– Hay doce casas, cuatro para cada. Buscad bajo los tablones del suelo o en el falso techo, romped los edredones, mirad en las macetas, en las casetas de los perros...

– ¡Calma, Furia, calma! –Notas se adelantó unos pasos gesticulando y se puso en medio del camino, obstruyendo todo avance posible–. No vamos a encontrar gran cosa aquí, tal y como ha dicho Peta. Lo mejor será que hablemos con estas gentes y averigüemos donde hay oro realmente.

A Furia no le gustaba admitir los errores, y menos aún darle la razón a un idiota. Por eso se limitó a asentir con la cabeza y restarle importancia al asunto de mala gana con un ademán.

Parecía una aldea fantasma. Hicieron frente a un silencio desolador que de vez en cuando rompía el balido de una oveja chismosa. Las reses pastaban en los vastos campos de hierba de un verdor que Furia nunca había visto en las Llanuras, cuyas tierras eran secas.

– Aquí debe de llover mucho –dijo Peta, mirando a las nubes que flotaban en el cielo como pompas de jabón.

– ¿Es que nadie trabaja en esta aldea? –se impacientó Notas al ver que no había nadie en la calle–. Vamos a llamar a esa casa.

La aldaba golpeó tres veces y el sonido metálico de la mano de hierro retumbó. A Furia no le gustaba llamar a la puerta. Prefería entrar por su cuenta y sorprender al amigo o enemigo en su propia casa.

No hubo voz ni movimiento. Notas repitió el gesto con la aldaba. Tampoco hubo respuesta. Esperaron un poco más. Nadie abrió.

– Apartad –gruñó Petaco.

Reculó de un paso y esgrimió su enorme hacha con las dos manos. Con el primer golpe, Turut abrió una pequeña brecha en la madera y varias astillas salieron despedidas. El segundo agrandó el agujero donde antes estaba la cerradura. El tercero hizo temblar el edificio hasta los cimientos y la puerta quedó desencajada y entreabierta. La empujó con un pie y avanzó hacia el interior.

– ¿El plan sigue siendo hablar, o podemos saquear esta casa? –preguntó Furia con una sonrisa maliciosa.

– Saquea lo que quieras una vez que hayan respondido a las preguntas –replicó Notas, entrando detrás del grandullón.

Los postigos de las ventanas estaban cerrados y la luz entraba por pequeñas rendijas. Eso y la claridad que entraba por la puerta rota era suficiente para ver en el interior. El mobiliario era escaso y paupérrimo. Cajones de madera, sillas astilladas rodeando una vieja mesa combada y una diminuta chimenea. En una pared lateral un arco sin puerta daba a una habitación con dos jergones de paja y un armario que olía a humedad. De hecho, había marcas de humedad por toda la casa.

– Aquí no hay nadie con quien hablar –declaró el gordo.

– Ni nada que saquear –apostilló Notas mirando a Furia con el gesto torcido.

– ¿Es que no lo oléis? –preguntó la mujer con la nariz arrugada.

Los otros dos cruzaron una mirada de desconcierto. Petaco usó sus grandes manos para abanicar el aire y echárselo hacia sus fosas nasales. Luego negó. Notas olfateó el ambiente como una rata.

– Huele... ¿a orina?

– Sí. A orina –confirmó Furia—. Y a sudor. Y a miedo.

Paseó despacio por la alcoba, inspirando el aire cargado de humedad y alternando la mirada entre el techo lleno de fisuras y los tablones de madera que crujían bajo sus pies. Una sonrisa bailó en su rostro por un segundo cuando halló el lugar exacto. Se alejó como si nada, disimulando su satisfacción. Con unos gestos de lo más ilustrativos, indicó a Petaco que se acercara y golpeará con el hacha en la zona donde había estado ella. Peta obedeció. Y Turut golpeó con hambre de madera.

El tablón se partió a la primera, y a la segunda cayó en el agujero. Un hondo y oscuro agujero. Petaco siguió abriéndolo con su hacha ante la atenta mirada de Notas que se frotaba las manos.

El susodicho fue el primero en lanzarse a la negrura. Furia vio como se agachaba para avanzar y desaparecer bajo los tablones. Luego oyó las voces.

– ¡Piedad, por favor, piedad! Hay niños pequeños. No tenemos armas. Solo somos campesinos.

– Y yo solo un músico –oyó que decía Notas—. Tranquilos. Subid, no temáis. Nadie os hará daño.

Furia no estaba tan segura de eso. Nunca le habían caído bien los suná. Las tribus de las Llanuras vivieron bajo el yugo del imperio durante siglos, esclavizados y usados para las tareas más tediosas y peligrosas. Los trataban como animales. No a ella, personalmente, pues la sublevación ocurrió poco antes de que naciera, pero el odio que se profesaban pasaba de generación en generación entre los Kaloshi. Tan solo el jefe del clan mantenía cierta neutralidad, pues de sus lazos con Suna dependía su dominación sobre las Cien Tribus.

Eso era algo que Furia no llegaría a entender jamás. ¿Cómo su clan, que tanto había sufrido la pesadilla suná, podía mantener lazos con esa gente? Peor aún, entablar conversación con el emperador Samprati Vigésimosegundo... A Furia le brillaban los ojos de rabia solo de pensarlo.

Sacudió la cabeza. En cualquier caso, eso hacía que el haber asesinado al jefe de su clan por la espalda la diera cierta satisfacción. Aunque nunca sería suficiente. “Se lo merecía, y además reía con el enemigo”, pensó.

La cabecita que apareció por el agujero le devolvió a la realidad. Era un niño de ojos asustados con la cara blanca como la tiza. A él le siguieron una niña aún más pequeña que soltó un grito ahogado al ver a Petaco con su hacha y una pareja temblorosa. Ambos debían tener alrededor de treinta veranos.

– Decidnos, humildes campesinos, tengo entendido que en estas tierras pagáis tributo a un señor, ¿cierto?

– Pa... Pagamos el diezmo a la Iglesia y... y la renta al se... señor –tartamudeó el hombre de la casa.

– Claro, la Iglesia limerea –Notas escupió al suelo un gargajo–. Decidme, ¿quién es ese señor? ¿Dónde está?

– Vi... Vive en las montañas, en la fortaleza de Tejmerel.

– Fortaleza... No me gusta como suena eso –admitió Notas.

– ¿Y qué esperabas? ¿Qué viviera en una cabaña? –se mofó Furia con desdén.

– Por aquí todos tienes casas y castillos –añadió Petaco, entre divertido y extrañado.

Un comentario totalmente irrelevante, pero el grandullón no era conocido por ser un hombre inteligente. Era un Zulus. Los Zulus eran gente sencilla, supersticiosa y que profesaba un gran amor a la bebida desde la más temprana edad.

– No tenemos nada, apenas unos lotos de bronce, los ahorros de todo el año y que tendremos que entregar al conde.

– ¿Conde, dices?

– Sí, nuestro señor es conde. El conde de Tejmerel, Nerandra Sahari –el hombre parecía haberse relajado un poco y hablaba con mayor seguridad.

– ¡Por las nubes! ¿Por qué tienen nombres tan complicados? –preguntó Petaco.

– Son gente extraña, Peta, aquí compiten por tener el nombre más largo. Una vez me contaron que el nombre del emperador era tan largo que no se podía decir de una sola respiración –informó Notas dándoselas de sabiendo.

– ¿De verdad? –croó el jayán con cara de sapo, incrédulo y desconcertado.

– Ajá –asintió el músico. Luego volvió a centrarse en sus anfitriones–. Indicadnos donde está esa fortaleza en el mapa –y lo extendió sobre uno de los jergones.

El padre se acercó titubeante y lentamente, se inclinó sobre el papel y examinó las líneas, los puntos y los colores. Estaba muy tenso. Admitió que no sabía leer, y Notas lo ayudó indicándole donde estaba su aldea y aclarándole los nombres de algunos pueblos en los puntos que él señalaba.

Tardó un buen rato en descifrarlo, pero al final el hombre confirmó el lugar: Handamart, se llamaba. Según él, era el nombre de la aldea antes de que el conde mandara construir su fortín. A Notas no le sorprendió, ya sospechaba que el mapa era viejo.

– Fantástico, buen amigo. Muchas gracias por tu ayuda. En fin, perdonadnos por lo del agujero... –dudó un instante– y lo de la puerta. Es que nadie respondía y no fuimos capaces de encontrar un alma viva en este pueblo.

Todos parecían más tranquilos. El hombre relajó la tensión de sus hombros, dejándolos caer. Su boca dibujó un amago de sonrisa. Una de esas sonrisas fingidas que bien pueden salvar vidas. Cuatro vidas.

– Los niños os vieron llegar con las armas desde los promontorios y dieron la voz de alarma –explicó–. Se acerca el Torneo y los señores de todo el imperio acuden a él con sus huestes y sus esclavos. A veces los soldados se dan el lujo de robar y saquear, sobre todo si su señor no siente simpatía hacia nuestro conde. Éste es uno de los tres caminos que llevan al pico del amanecer por lo que estamos bastante expuestos y...

– ¿Bronce o fuego? –interrumpió Furia, con un rictus de profundo aburrimiento que acentuó el bostezo que siguió a la pregunta y ni se molestó en ocultar.

Nadie lo entendió, ni siquiera los suyos. Los dos niños y la pareja se le quedaron mirando sin saber qué decir. Creían que ya se habían librado de las preguntas, y esa última parecía una pregunta de lo más complicada. Furia sonrió, le encantaba iluminar a la gente con sus explicaciones.

– O bien nos dais el dinero, bronce, o bien os quemamos la casa, fuego.